

Fernando Fuenzalida Vollmar, *Tierra baldía. La crisis del consenso secular y el milenarismo en la sociedad postmoderna*, Lima: Australis, 1995, 232 pp.

Luego de casi treinta años sin publicar una obra mayor, y de miles de horas de lectura y otras tantas de reflexión privada, discusión y pedagogía, Fernando Fuenzalida nos entrega un libro aparentemente breve pero que tiene, sin embargo, un carácter monumental. Lo atestiguan, sin más, los 611 títulos de su multicolor bibliografía, entre los que no contamos las muy diversas fuentes de la prensa escrita, oral y televisiva, que cita frondosa, innumerable y precisamente casi hasta la obsesión.

Hay algo en *Tierra baldía* que recuerda a esas basílicas europeas construidas a lo largo de varios siglos, en las que piso a piso se sobrepone las edades históricas, los estilos y los niveles de significación. Y en donde las verdades parciales conforman un conjunto sincrético de muy difícil pero no, por ello, menos auténtico sentido. La románica solidez de la religión católica y la gótica elevación de la filosofía escolástica, hechas añicos al chocar contra el clasicismo kantescio, llevan al hombre, pobre, a volver 'los ojos locos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada', para encontrarse con el abismo barroco de las mil formas actuales del sinsentido, dejándolo 'nunca como ahora vuelto con todo su camino a verse solo'.

Pero a pesar de lo que pareciera insinuar su título, el libro está lleno de aliento y esperanza: desde el celestial arcángel que va creciendo capítulo a capítulo hasta inundarlo todo con el clarín de su trompeta, hasta la declaración de amor de la página 186: "...la historia, en el tiempo, es apenas un vientre que gesta. Su sentido se encuentra en el parto. El gestado es un ser transhistórico: el hombre como ser colectivo, libre y consciente de sí./En ese parto, que es tránsito de la conciencia del hombre, debe producirse la síntesis última que socialice lo individual-natural y concrete en el individuo lo cultural-colectivo".

Pero Fuenzalida no cifra su esperanza en la propia fuerza. Él sabe, además, que hasta su libro es un ejemplo arcano de la enfermedad del milenio que él mismo denuncia. Y entre las miles de líneas y entre las miles de páginas se lee, a gritos, lo que el propio autor nos dice desde la introducción: "No tengo, en lo que a religión se refiere, ninguna pretensión de comprender a Dios, ni al misterio del Don (sic., nótese la personificación del acusativo), que a pesar de nosotros, transmuta la baja materia del tiempo en el oro del Reino. Pero sí cultivo en mí la confianza en que Él, en Su Amor, me comprende. ...(Y) confío en que, en el ardor de la razón y al final de las cuentas, todas las conspiraciones se compensen unas a otras. Apocatástasis se decía en los tiempos del más puro pensar teológico. Y quien no conozca ese término no se ocupe del Fin de los Tiempos" (p. 12).

De otra parte, sabe también que los procesos históricos siguen avanzando indetentablemente. La propia secuencia del libro así lo delata. Y el capítulo final nos sorprende, dejándonos una sensación de apertura que contiene todavía casi todas las posibilidades. En el tránsito de las afiliaciones grupales, desde el marco cerrado adscriptivo-excluyente hasta el de la identificación abierta voluntario-incluyente, la progresiva secularización de la estructura social occidental ha terminado por quebrar el pacto que fijaba la razón común o autoridad (pp. 51 ss.). Destruída la *fides*, el poder regresiona a la fuerza, la vida social se disgrega por la anomia, la libertad y la identidad entran en crisis. Entonces, la angustiante "memoria del bien perdido" impulsa a las gentes a crear un metasistema de mitos que dé cuenta de la diversidad de los estatutos humanos, legitimando su coexistencia o engendrando, en su defecto, servidumbre y dominio-catalizadores del escepticismo y de la anomia, y de una posterior mesianización de los particularismos, cuya innúmera pluralidad actual grita a voz en cuello la inutilidad de todos y cada uno de ellos. La paz sólo habría sido posible si la razón natural hubiera proporcionado

realmente el acceso a una verdad común a todos los hombres. La razón moderna, sin embargo, deserta después de haberse apropiado de la batuta y de haberse descubierto incompetente para dirigir la orquesta. Suelos así los jirones del tejido social, el consenso ni es dado ni puede ser tampoco construido; sobreviene, en fin, el nihilismo, que arrastra consigo también al juicio moral (pp. 70 ss.). El hombre de ahora, perplejo y desamparado en la relatividad absoluta de los paradigmas múltiples (a decir de Thomas Kuhn: ninguno más verdadero que el otro), convierte sus intentos de generar sentido, propósito o voluntad unitaria, en manipulación, imposición o proyecto tiránico; citando a Speamann: "cuando, carente de una razón común que le otorgue una direccionalidad compartida, la voluntad particular pretende representar lo universal, ella se manifiesta necesariamente como fanatismo o ejercicio tiránico" (p. 76).

Tal es el estado actual de la cuestión. En un ejercicio de lucubración organicista, Fuenzalida se pregunta si no sería posible una última síntesis que unificara la visión comtiana de organicidad y crisis *sociales* con la visión dialéctica de Comte y Spencer, según la cual la alternancia de crisis y síntesis armoniza las tendencias contrarias. Esto permitiría, léase entre líneas, una salida al callejón en que nos ha sumido la muerte de la modernidad. Nada garantiza, empero, pensamos nosotros, que dicha síntesis, aún cuando fuera posible, fuese realmente orgánica, es decir, organizada. Luego de constatar que en las megaciudades de hoy coexisten los tres tipos de religiosidad (adscriptiva, semiadscriptiva y abierta) aparentemente sin estorbarse demasiado entre sí, el autor niega oportunidad a cualquier esperanza que no afine en la idea de un consenso global. Las califica de "regresiones al dominio del salvacionismo mesiánico" y de "regresiones defensivas en dirección a la forma adscriptiva" (p. 100). Pero difiere de Spengler: "más que un estado senil... la sociedad secular manifiesta los síntomas de una adolescencia traumática" (p. 102). Pasa revista a una gran cantidad de

ejemplos que muestran que "en las crisis sociales la regresión es un hecho común", tomando como centro de gravedad el fracaso de los dos paradigmas, el americano y el ruso. Cegada, sin embargo, la fuente del consenso sagrado, el impulso al retorno deviene imposible: hipertrofiando particularizaciones de la razón o de la voluntad colectivas, los fundamentalismos no son resacralizaciones válidas; no son, en el fondo, nada más que el casco vacío de la *post*-secularidad. Los fanatismos, dice, parafraseando a Guénon, no son más que cruzadas anacrónicas e inversas (p. 104).

Resta todavía mencionar otras importantes regresiones actualmente en marcha. La que va de la ciencia hacia el dogma. Una vez más apoya su denuncia en una enorme abundancia de casos que implican a personajes e instituciones de gran peso, como el presidente Clinton y la propia Iglesia Católica norteamericana. Luego de pasar detallada revista a lo que él denomina "la 'otra ciencia' fundamentalista", insiste en que la causa real del deterioro de la sociedad secular contemporánea estriba en que ha perdido su significado, su propósito y su meta. Fundamentalismos análogos pueden encontrarse, por lo demás, remata con insistencia, "en los medios judaico, budista, hindú, sikh, confuciano y nipón. Todos ellos, en cuanto hostiles al mundo moderno, son parte indudable del mismo proceso de religiosidad reactiva" (p. 111). Y como tales, podría haber añadido, están condenados a no poder alcanzar jamás sus objetivos.

Un ejemplo, particularmente patético de esta actitud, lo observa Fuenzalida en la obsesión de pureza que ha germinado entre los norteamericanos contemporáneos. Disfrutan, dice, de su nueva conciencia moral, con el entusiasmo de verdaderos cruzados. Una especie de ascetismo instrumental invade sus conciencias. Su noción dietética de la pureza y el miedo neurótico a morir o incluso envejecer, ha convertido a los *natural food shops* en tiendas de consumo de lujo de alimentos otrora tan simples como el germen de trigo o la miel. Y aquí el autor vuelve a sumergirse en un enmaraña-

do bosque casuístico, que lo lleva del análisis del delirio nazi al de algunas ingenuidades indigenistas y nativistas, que no por ingenuas son menos peligrosas. Esto, por último, le permite abordar el problema más grave de todos: el de la regresión a la sangre.

Apoyado en las tesis de Rosemberg y Jung, denuncia los mesianismos de sangre que advierte tanto entre los eslavos, germanos y celtas, como entre los nativistas americanos. (Quizá acá Fuenzalida pudo insistir en los signos de esta índole que se encuentran tanto en el discurso de Sendero Luminoso como en la composición de sus cuadros, lo mismo los dirigentes que los de base). Fundamentalismo y neo-etnicismo como estados de regresión sucesiva; el primero aspira a una universalidad monopólica, el segundo se encierra en un exclusivismo tribal. Según el autor, este involucionismo postula implícitamente "un abandono por Dios de su obra". Imposibles ya la encarnación del espíritu libre y la transfiguración de la carne hecha espíritu, negado así el "acontecimiento unitario de síntesis", la realidad de lo humano se ve reducida a lo efímero, a la creciente heteronomía entre Razón y Moral, en el contexto del Contrato violado, la Fe traicionada y el hombre caído (p. 123).

Otro rasgo de excepción del libro lo constituyen los epígrafes, todos ellos son citas de T.S. Eliot. Por momentos es difícil escapar a la sensación de estar leyendo una enorme exégesis de *Wasteland*. Cada capítulo está representado en su integridad por el epígrafe. El penúltimo capítulo toca la cuestión de los falsos dioses. Fuenzalida lo presenta en toda la aterradora profusión de la religiosidad de consumo, anteponiéndole los siguientes versos: "With an alien people/clutching their gods...". La apertura de estas pseudo religiones (el calificativo es nuestro), "tiende a conformarse a la condición y demandas de la democracia electiva y la economía de libre mercado". En su competencia por ofrecer opio divino a los mortales corazones, cuyas ansias de infinito han quedado insatisfechas a raíz de la debacle del consenso, las pseudo iglesias (acá también

el calificativo es nuestro) se valen de todos los recursos de la ciencia moderna de la persuasión y del *marketing*. El pornográfico moralismo, la barata mercancía del escándalo, el uso intensivo de la televisión en su propaganda, en su manipulación de la moral de las masas, la hipócrita incongruencia de sus escalas de valores, no son sino algunos de los rasgos de estos anticristos, cuyos *lobbies* ejercen vergonzantes presiones. La oferta, dice Fuenzalida, se le hace a una población planetaria aterrada por la incertidumbre y el *stress*, y cuyos sentimientos de insuficiencia e inadecuación engendran una demanda que desborda la capacidad eclesial (pp. 132 ss.). Acá nos enfrentamos a la vieja imagen del huevo y la gallina: ¿Por qué no puede satisfacer la Iglesia la sed de infinito? ¿Porque es mucha? ¿No contradice eso a la esencia del Cristianismo? La explicación es otra. ¿No nos ha dicho ya el autor con insistencia que la incompetencia de la Iglesia está en función de la medida en que se olvida de sí? En sus propias palabras: "El vaciamiento de la ciencia y la teología formales fragmenta la imagen del mundo y fomenta regresiones fanáticas. De su parte, y en ausencia de una legítima instancia de síntesis, la voluntad progresiva unitaria (de estos modernos anticristos) sincretiza en forma confusa... (en un vano intento de generar un nuevo paradigma que resuelva las contradicciones internas del actual)" (pp. 159 ss.). Estos impulsos espontáneos carecen de toda dirección y estructura formal, pero se valen de la nueva red planetaria, de medios como de un nuevo espacio semántico, para intentar restaurar el sentido "místico" alimentando la nueva y eterna expectativa mesiánica.

Fernando Fuenzalida es, sin ninguna duda, un pensador original y profundo, a la par que erudito y valiente. Su obra no es *petrus*, por la simple razón de que constituye una acusación gravísima: la del resquebrajamiento de *petrus*. La termina poniéndose, una vez más, en manos de su Padre; el último epígrafe, también de Eliot, (¡cómo, si no!) así nos lo hace saber: "...were we led all this way for/Birth or Death?". Este verso, más que pregunta *de profundis cla-*

mabis. Poniéndose en la antípoda de Alain Daniélou, no acepta que "Cuando la humanidad en conjunto se hace un peligro para las otras especies... los dioses inspiran a los hombres la locura que los lleva a la destrucción" (p. 175). Considera que ese tipo de interpretaciones son un excelente ejemplo de "la postmoderna abolición de fronteras entre realidad y ficción" (p. 178). Con ironía transida de dolor nos dice, hacia el final del libro, que "Es de esperar que conforme se acerque la fecha fatal se multipliquen los mesías rivales" (p. 180). Revisa, luego, algunos de los intentos más serios de entender hacia dónde se dirige todo este proceso: el de Comte y el de Danilevski, el de Spencer, el de Toynbee y otros, para terminar con la tesis del Fin de la Historia de Fukuyama y la teoría de la Gaia de Lovelocke.

No olvidemos lo que se dijo más arriba del arcángel que crece. Este último capítulo está íntegramente cubierto por el manto de su figura y el sonar de su clarín. Fernando Fuenzalida opone a los consensos salvíficos engendrados en los arcaicos estratos del folklore y del mito que aspiran a un dominio excluyente sobre la conciencia del hombre, y a los todavía más primitivos consensos de sangre, que ponen en peligro la estabilidad que ya se creía lograda, "la manifestación numinosa que sublima y fusiona la multiplicidad de razones y voluntades privadas en lo uno social, concreta la razón colectiva en consenso, la voluntad colectiva en la fe y transforma la masa en nación" (p. 184). Son la agujas que elevan su voz al cielo; el cuarto piso, abierto al par, al tiempo y al infinito, de la basílica de la Transhistoria.

Raúl Valenzuela

Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, eds.: *Mundos interiores, Lima 1850-1950*, Lima: CIUP, 1995, 445 pp.

Cuando me pidieron que comente el libro de Felipe y de Aldo recordé que cuando me preguntan, en el extranjero, cómo es Lima,

contesto que el Cusco es precioso. Esto no es para sugerir nada negativo de la ciudad en que nací, sino para hacer evidente que la relación de Lima con el resto de los peruanos, y especialmente con los limeños, es muy complicada y que quizás por ello sabemos poco de la historia de esta ciudad. Una de las virtudes del libro, que se comenta, es que viene a cubrir un vacío, pues desde hace un buen tiempo no se producía una historia social de Lima.

Todas las personas, instituciones y ciudades crean una imagen de su propio pasado y del espacio que han ocupado que sirve para múltiples propósitos. Estas imágenes nos dan cierta seguridad, proyectan una identidad, nos permiten relacionarlas con otras personas y crean estrategias de crecimiento, diferenciación o sobrevivencia. Estas imágenes del pasado pueden crearse de una manera superficial y estereotipada o de una manera más compleja, elaborada y académica. Este libro pertenece a la segunda manera de crear imágenes históricas de una ciudad.

El libro se concentra en el período de 1850 a 1950, uno de los grandes momentos de cambio de la sociedad limeña y peruana, cuyos polos serían la herencia colonial y la consolidación de Lima como el centro financiero, administrativo y político de la República. Este es un proceso estimulado por el crecimiento de una variedad de productos de exportación, marcado por la inflexión que significó la Guerra del Pacífico y que se ubica en la antesala de la explosión demográfica que transformó a Lima a partir de la década del cincuenta.

Un rasgo paradójico es que durante este período Lima desempeñó un rol decisivo en el Perú, a pesar de que casi siempre albergó a un porcentaje minoritario del país. Por ejemplo, hacia 1870 Lima tenía 100,000 habitantes y hacia 1930 tenía 273,000 habitantes, lo que significaba el 3.7 y el 4.8 por ciento de la población nacional, respectivamente. Hoy en día, Lima y Callao albergan al 30 por ciento de la población.

Una segunda característica importante de Lima, relacionada con este libro, es que du-